

X.

Mariana abrazó á Ernestina, y después de besarse mutuamente en una y otra mejilla, dijo la primera con su voz brillante y su eterna risa:

—Esto no es regular. Casarse una amiga de toda la vida y tener que venir á pedirle un cubierto en su mesa el primer día de su boda, es inaudito. Es verdad que no congeniamos, porque tú siempre andas por los espacios imaginarios, y yo, ¿qué quieres?, no salgo de mi paso.

Ernestina tuvo la bondad de sonreirse, y ella continuó diciendo:

—Señores, suplico á Vds. que se sienten. Yo voy á hacer lo mismo, puesto que allí veo mi cubierto.

—Aquí está (dijo el señor de Albamonte). Á mi lado va á comer la alegría del mundo. ¡Bah! Hemos cometido un delito imperdonable.

—Imperdonable, señor de Albamonte (repitió Mariana); pero ya ve V. que está perdonado.

Diciendo esto, reparó en Campollano, y pareció detenerse en sus labios la expresión alegre que siempre se encontraba en ellos. Bajó los ojos, y siguió diciendo:

—Ernestina, he querido sorprenderte con mi

presencia; y, á falta de tu invitación, me he convidado yo misma. Discúlpame á los ojos de estos señores, que estarán admirados de mi franqueza.

—¡Deliciosa criatura! (exclamó Albamonte.) Pide disculpas, cuando nosotros somos los culpables.

La conversación se hizo general, resonando con frecuencia entre el murmullo de las palabras las carcajadas de Mariana.

Simón ignoraba la amistad de su antigua amiga y de su reciente esposa, y la aparición de la sobrina del tío millonario heló su sangre, cayendo sobre el calor de su dicha como un jarro de agua fría. Sin embargo, hizo frente á su situación, y tomó parte en las conversaciones, huyendo siempre de que sus palabras se encontraran con las palabras de Mariana.

De pronto el señor de Albamonte, después de paladear un sorbo de Burdeos, dijo:

—Mi querido Simón, me anticipo á presentarte á esta señorita como á una persona de la familia.

Simón tembló de pies á cabeza; se le escapó el tenedor que tenía en la mano, y se inclinó ceremoniosamente, mientras su suegro, volviéndose á Mariana, le decía:

—Le presento á V. al futuro padre de mis nietos: ese caballero es mi yerno.

Mariana se inclinó á su vez con cierta solem-

nidad; pero no pudo contener una carcajada, que resonó en el corazón de Campollano de un modo muy desagradable.

Siguió la comida animada y risueña, y la alegría y el apetito, que son compañeros inseparables, daban vueltas alrededor de la mesa, trayendo y llevando el hilo caprichoso, con que se tejen las conversaciones más inútiles y más entretenidas.

Una de las señoras se acercó al oído de su compañero, y le dijo algunas palabras en voz baja; él recorrió con la vista la circunferencia de la mesa, y le contestó también secretamente.

—¡Hola! (exclamó el señor de Albamonte.) No se consienten conversaciones privadas. Aquí todo debe ser público. Reclamo, pues, mi parte en ese secreto. ¿De qué se trata?

—Se trata (contestó la señora) de una superstición.

—¡Magnífico, señora! (dijo Albamonte.) Una superstición viene como de molde. Sepamos qué superstición es la que traen Vds. entre manos.

—¡Preocupación! (exclamó el que estaba al lado de la señora.) Yo por tal la tengo. Sí; hay quien rinde tributo á esa y á otras preocupaciones; pero creo que no debe turbar ni nuestro apetito ni nuestra alegría.

Esta observación despertó la curiosidad de los convidados, y todos volvieron los ojos hacia el

que acababa de hablar. Cada mirada era una pregunta.

—El caso (siguió diciendo) no merece tanta expectación, por más que esta señora mueva la cabeza en señal de duda. Imagínense Vds. que ha tenido la ocurrencia de contarnos.

—¿Y bien?—preguntaron algunos.

—Pues (contestó) la cosa más natural del mundo. Nos ha contado, y, es claro, ha sacado por consecuencia...

—¿Qué?—volvieron á preguntarle.

—¿Que? (dijo.) Que somos trece.

Estas palabras fueron acogidas con risas y murmullos, manifestándose que había sobre el particular diversas opiniones; pero Ernestina se levantó, porque ya estaba el café servido en el salón, y los convidados abandonaron la mesa.

Simón tuvo que hacer un esfuerzo supremo para levantarse; le pesaba el cuerpo como una montaña; las luces danzaban delante de sus ojos formando rasgos fantásticos, y un frío mortal circulaba por sus venas.

Se apoyó en la mesa, y se puso de pie. El número trece llenaba su pensamiento de espantosos terrores.

Fué al salón, mudo y sombrío.

Pasó aquella noche, y pasaron después muchos días, porque al tiempo, acostumbrado á los sucesos de la vida humana, nada, por extraor-

dinario que sea, consigue sorprenderlo, y pasa con la indiferencia del que todo lo ha visto, y nunca se admira ni jamás se detiene.

Pasó, pues, el tiempo, y la boda de Ernestina dejó de ser una novedad para los curiosos, y cayó en el olvido de las gentes.

La vida que hacían los nuevos casados no ofrecía tampoco ningún incidente digno de comentarse en las tertulias de los salones, en los cafés ó en los liceos. Ernestina hacía su vida de siempre: entre el tocador, el teatro, el salón y la cama, pasaba el tiempo. Eso sí, siempre pálida, lánguida, triste; en una palabra, romántica; porque el romanticismo, cuya boga estaba entonces en todo su apogeo, era, si puedo decirlo así, la *toilette* de su alma, la elegancia de su espíritu. Un aspecto más ó menos sepulcral, era indispensable para estar á la altura de la moda.

Simón en esta parte había defraudado las esperanzas del señor de Albamonte, porque, en vez de disipar la novelaría que Ernestina tenía metida en la cabeza, parecía, por el contrario, que participaba de ella. Hablaba poco, buscaba la soledad, y vivía, como si dijéramos, abismado dentro de sí mismo. Sus amigos decían:

—¡Bah!... Es rico, y á todos nos mira por encima del hombro. ¡Ya se ve! No tenía una peseta, se encuentra millonario de la noche á la

mañana, y se da todos los aires de un ser del otro mundo.

Aquel invierno fué muy crudo; hubo muchas pulmonías, y una de ellas acometió á Ernestina al salir del teatro.

La ciencia hizo prodigios; pero la enfermedad se resistió á todos los tratamientos, y la hija del señor de Albamonte bajó al sepulcro en la flor de su juventud, de su belleza y de su boda.

—¡Una pulmonía! (exclamaba Simón, con semblante desenchajado.) No...., la ciencia sabe poco. La mata una mano implacable...., la mata un número infausto. ¡Éramos trece!

Los que le oían hablar así, creían que el dolor trastornaba su juicio.

El señor de Albamonte estaba inconsolable; no esperó él nunca ser el heredero de su hija. Simón quedó á la vez viudo y pobre, y huyó de la casa, y desapareció del mundo.

—¿Murió?—le pregunté al que me contaba esta historia.

—No,—me dijo.

—¿Vive aún?—volví á preguntarle.

—Tampoco (me contestó). Hace muchos años que está en una casa de locos.

—¡Infeliz! (exclamé.) Pero, vamos á cuentas: si nació el año 13, ¿cómo podía tener veintiseis años en 1830?

—¿He dicho eso?

—Sí,—le contesté.

—Pues he dicho mal; debió nacer en 1803.

—¡Es una triste historia!—añadí.

—Pues aún (me dijo) queda el último detalle: en la casa de locos en que se encuentra, ¡espántese V.!, él es el número trece.



DÍA ACIAGO